



Mariana Matija: el duelo ecológico para sanar un planeta herido

Texto: Carolina Sánchez - Fotografías: Mariana Matija, Valeria Duque y Ricardo Cardona

Fundó un club ecológico para sus amigos y su familia cuando tenía siete años y desde entonces se ha transformado en un referente del activismo ambiental en Latinoamérica. Mariana Matija es una ecologista, diseñadora y escritora colombiana, pero su más reciente trabajo se centra en la temática del luto ecológico, que, en sus palabras, tiene que ver con hacer duelo ante la ruptura de las relaciones con los territorios y comunidades que formamos parte. Aquí nos presenta sus herramientas para enfrentar las diversas crisis ecosociales, desde la creatividad y la imaginación.

Mariana Matija es un referente de activismo ambiental en los espacios urbanos en Latinoamérica debido a su persistencia en usar las herramientas de la comunicación para hacer accesibles los problemas ambientales de manera masiva. El trabajo de Mariana aborda las emociones ambivalentes como rabia, dolor o amor que generan las crisis ecológicas como signos de alerta sobre nuestra relación con el planeta herido. En sus textos e imágenes, Mariana explora maneras de procesar y actuar frente a los problemas ecológicos en escalas cotidianas, individuales y colectivas con el objetivo de imaginar otros futuros posibles.

18 **¿Qué experiencias y preguntas te llevaron a escribir y crear sobre el duelo ecológico y las prácticas de cuidado ambiental?**

Mi acercamiento a estos temas empezó cuando era una niña. Mi mamá siempre ha tenido una gran sensibilidad por el cuidado de la Tierra, y recuerdo que me enseñó a entrar de manera muy respetuosa a caminar al monte. En mi casa siempre conviví con otros animales, y aprendí de mi familia que todos los otros seres son sensibles e inteligentes. Desde que era chiquita he tenido un fuerte interés en la educación y cuando estaba estudiando diseño creé un blog sobre el cuidado de la Tierra. Busqué especializaciones sobre estos temas y me di cuenta de que los posgrados sobre sostenibilidad eran para profesionales en biología, ingeniería ambiental o administración de empresas. Otros espacios de educación informal me ayudaron a enlazar mi formación como diseñadora con mi interés por el cuidado de la Tierra.

En 2016 pasaron varias cosas. Fue el referendo de la paz en Colombia y ganó el "no" a los acuerdos de paz, y yo me fui emocionalmente destrozada a Berlín a un encuentro sobre sostenibilidad que tenía un énfasis en la crisis de refugiados. Luego empecé un programa de especialización en sostenibilidad, ética y educación ambiental. Ahí tuvimos unas clases maravillosas, pero también algunas súper deprimentes. Me acuerdo de una materia cuyo hilo narrativo era alrededor de tres curvas: la curva del aumento de temperatura global, la curva del aumento de la explotación petrolera y la curva de la explosión demográfica.



Mariana en las raíces de un árbol enorme cerca a Puerto Nariño, en la Amazonía colombiana. © Ricardo Cardona

19 Recibí mucha información que enfatizaba en lo que está mal. Tuve una crisis personal y me diagnosticaron depresión. Cuando miro hacia atrás para mí es muy claro que lo que estaba viviendo era un duelo. No era un desbalance químico, ni una tristeza cualquiera, sino el duelo derivado de ver la crisis ecológica desde otro lugar y magnitud: este duelo también está relacionado con los desplazamientos, con el sufrimiento humano y mi propio cuerpo; que era algo que para mí había estado al margen, porque hasta entonces me había concentrado en el sufrimiento de los otros animales y ecosistemas.

¿Qué es el duelo ecológico y por qué las emociones que consideramos negativas como el dolor, la tristeza, el miedo o la rabia son necesarias para reconocer los problemas ambientales?

Para mí la definición del duelo ecológico necesariamente varía según el contexto en el que se plantea. Mi manera de entender el duelo ecológico es duelar el futuro. Las personas que estamos en entornos urbanos, que tenemos ciertos privilegios y no vivimos las amenazas de la crisis ecológica de manera tan directa, estamos ante un duelo del futuro. Este proceso nos lleva a darnos cuenta de que el tipo de vida que imaginábamos seguramente no va a ser posible y tendremos que enfrentarnos a inseguridades que no pensamos que estarían dentro de nuestro panorama. En cambio, para las comunidades campesinas

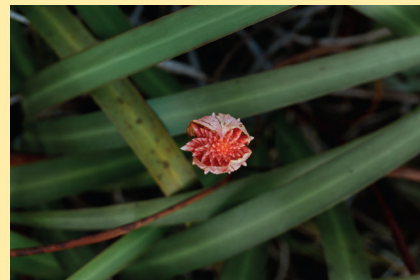


El amor a la Tierra es esta noción muy intuitiva y visceral de que este organismo viviente del que somos parte es emocionalmente importante para nosotros.

o indígenas la crisis se vive de manera más directa: es un duelo del presente. Como ocurre, por ejemplo, en lugares de Colombia que han sido abandonados por el Estado y donde el conflicto armado ha estado encima, o donde hay conflictos directos con la minería que está llegando a explotar montañas y desplazar a las comunidades. Se trata de un duelo de las relaciones rotas con los territorios que forman parte y que esos individuos y comunidades han defendido. Estos territorios afectados están ligados a sus lenguas, narrativas y canciones, un profundo sentido de identidad. Son duelos de magnitudes distintas en contextos diferentes, pero que igual son importantes de reconocer ya que forman parte de un dolor colectivo. También creo que es una trampa descartar el dolor de las personas que no están viviendo eso de manera tan directa.

Con respecto al dolor y a la tristeza, hay algo que me preocupa profundamente: en este sistema hay una tendencia a la patologización de todo lo que no sea alegría y comodidad. Huimos de cualquier muestra mínima de malestar. Y por lo general escapamos por los caminos que nos muestra el mismo sistema: consumir más, comprar ropa, tomar ansiolíticos, etc. Para mí eso está estrechamente ligado con el origen de la crisis ecológica.

Creo que hay una necesidad profunda y urgente de abrir espacios para escuchar ese miedo, ese dolor y esa tristeza para dejarlos existir y dejarlos ser y mirarlos para entender de dónde vienen y poder actuar. También vale la pena señalar que el duelo existe cuando hay algo que se ama. El amor a la Tierra es esta noción muy intuitiva y visceral de que este organismo viviente del que somos parte es emocionalmente importante para nosotros. Así que, a pesar de que el duelo es una experiencia tan difícil, señala algo hermoso: el duelo muestra nuestro amor por la Tierra y por el resto del mundo viviente.



Secuencia de floración de la Flor de Inírida, una flor endémica de Colombia que se caracteriza por su resiliencia a las inundaciones y sequías intensas.
© Mariana Matija

En uno de tus textos reflexionas sobre la necesidad de reconocer el valor de las flores marchitas, así como reconocemos las que recién florecen. ¿Puedes contarnos sobre las maneras en las que abordas las continuidades entre vida y muerte, en tus escritos, fotos y diagramas?

En el momento más intenso de mi crisis, el dolor me llevó a no querer escribir nada. Yo pasé mucho tiempo escribiendo sobre qué podemos hacer para cuidar la Tierra en la vida cotidiana, y llegó un momento en el que tuve la sensación de que lo que hacía no servía para nada. En ese momento tomé una pausa. Luego hice una publicación en el blog hablando sobre mi dolor y las respuestas de las personas que la leyeron me hicieron confirmar que no estoy sola en sentir. Y ahí hubo un giro. Antes estaba preocupada por respaldar todo con información y con datos numéricos, mientras que en este momento sé que hay mucha gente que ya está trabajando en datos y que a mí lo que me interesa es acercar la sensibilidad a otras personas. Me interesa explorar maneras en las que pueda hacer síntesis sobre lo que estoy aprendiendo.

Un ejemplo es el texto de la flor marchita que mencionas. Primero busqué una flor que estaba en botón, luego una que estaba más florecida, finalmente vi una marchita y pensé "no le tomaré foto a esta". Y después pensé "¿por qué? Esta flor es igual de bella, pero de otra manera. Esta flor también es necesaria". Estamos siempre rodeados de ejemplos que la Tierra nos muestra y que nos ayudan a entender ideas que de otra manera pueden ser muy abstractas. Yo he estado explorando el tema de la muerte, pero en esa situación siento que la flor me dijo todo. Me puso enfrente esa información sobre la transformación, sobre cómo lo marchito abre espacio y nutre lo que florece, y sobre esta continuidad que finalmente es el ciclo de la vida.



Necesitamos reconocer que estamos viviendo una crisis en la que hay mucho dolor y mucho miedo, pero que en medio de la incertidumbre hay espacio para actuar.

¿Puedes hablarnos un poco más sobre tu relación con las imágenes como una manera de sensibilización frente a los problemas ambientales?

Busco herramientas narrativas y visuales que me puedan ayudar a expresar de manera más clara problemas ecológicos que pueden ser difíciles de entender, y que estas ideas lleguen a tanta gente como sea posible. Mi relación con las imágenes está atravesada por mi formación como diseñadora. Siempre he sentido que hay cosas que son mucho más fáciles de expresar con una imagen que con un texto largo. Un ejemplo es el diagrama sobre el hecho de que podemos sentir muchas cosas a la vez.

Pero mi interés no solamente se queda en los diagramas. Me interesa todo lo que nos contamos a través de las imágenes en torno a la crisis ecológica, y me parece necesario cultivar otro tipo de narrativas. Estoy absolutamente convencida de que una parte muy central de la crisis de nuestra relación con la Tierra es una crisis de la imaginación. De la dificultad que tenemos para imaginarnos otras maneras de vivir y de pensar. Hay un vacío muy grande, porque la narrativa dominante ha sido la del apocalipsis. Mientras que la imaginación tiene que ver con la capacidad de sentarnos junto a otras personas a preguntarnos cómo puede ser el futuro, cómo nos gustaría que fuera, qué podemos hacer ahora para hacer posible eso dentro de los límites de la crisis. Necesitamos reconocer que estamos viviendo una crisis en la que hay mucho dolor y mucho miedo, pero que en medio de la incertidumbre hay espacio para actuar.



Para terminar, quisiera preguntarte ¿qué tipo de transiciones ecológicas consideras que pueden ayudar a afrontar las crisis ecosociales o alimentan prácticas de curación en las diversas escalas de la tierra y sus cuerpos?

Uso de manera amplia el concepto de transición para referirme a los múltiples procesos de transformación que estamos viviendo y que van a seguir siendo necesarios para adaptarnos a los cambios que vienen. Existen distintos procesos de transición, los cambios en la alimentación, por ejemplo. Hay consenso científico aplastante en torno a la importancia de reducir el consumo de productos de origen animal. Y eso implica una transición compleja porque la alimentación es central para nuestra identidad. Con el transporte pasa algo parecido. La solución no es tan sencilla como usar bicicleta, sino que también pasa por recurrir a recursos más locales y esto implica transiciones en las economías para volverse menos dependientes de lo que viene de otros países. Necesitamos recuperar los saberes de la reparación y del hacer manual en unos contextos más pequeños, a una menor escala. Y para eso necesitamos tener la buena compañía de otros que también quieren aprender, cuestionar y vivir de otras maneras. Que quieren cambiar sus cotidianidades y están dispuestos a enfrentarse con soluciones que fallen cuando aparezca nueva información en un contexto de experimentación. Y eso requiere un tejido social y comunitario súper fuerte, que es otra transición en sí misma, porque hay una pérdida muy grande de lo comunitario. Necesitamos conexiones profundas que faciliten la buena compañía y el aprendizaje colectivo. ♦